F. J. CORTEZO y J. LEIRADO

DE UNA VIDA

COMEDIA EN PROSA

en dos actos, divididos en un prólogo y tres cuadros, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

A [illegible]
muy agradecido su
amigo [illegible]
[illegible]

DE UNA VIDA

DE UNA VIDA

COMEDIA EN PROSA

en dos actos, divididos en un prólogo y tres cuadros

ORIGINAL DE

F. J. CORTEZO y J. LEIRADO

Estrenada en el COLISEO IMPERIAL el día 28 de Febrero de 1910



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551.

1910

A Carlos Cortezo y Collantes

† el 12 de Febrero de 1909

Un amigo y un hermano que tuvieron en él la primer alabanza y el primer consejo.

Los Autores.

28-2-910.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ROSARIO	Srta.	Asquerino.
CARMEN (florista)	Sra.	Mendizábal.
DOÑA ESPERANZA		Santoncha.
ANTONIA (vendedora de periódicos)		Beltrán.
PETRA (ídem íd.)	Srta.	Muñoz Sampedro.
MATILDE (criada)		Infiesta.
JORGE	Sr.	Soto.
LOLO (vendedor de pájaros)		Aguirre.
DON LUIS		Aguado.
PEPÍN (golfo)		Roman.
GERMÁN (criado)		Martín.
OTRO CRIADO		Morera.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

PRÓLOGO

Despacho elegante. Puerta al foro y lateral izquierda. En la derecha y en primer término una mesa escritorio. Demás muebles necesarios

ESCENA PRIMERA

LUIS, ESPERANZA; luego ROSARIO y GERMÁN. Esperanza cerca de la chimenea. Luis ante la mesa leyendo

ROS. (Desde la habitación lateral izquierda.) ¡Tía, tía! ¡Venga usted un momento! ¡Ja, ja! (Riendo fuerte.)

ESP. Voy, voy allá. ¡Diablo de chiquilla!

LUIS ¡Feliz ella que siempre ríe!

(Sigue oyéndose la risa dentro. Vase Esperanza puerta lateral izquierda. Luis deja el periódico sobre la mesa, quedando en actitud pensativa.)

ESP. (Dentro.) ¡Te digo que no! ¡No seas loca!

ROS (Idem.) Bueno, bueno. ¡Ay, Jesús! No ponga usted por eso esa cara tan seria.

ESP. (Saliendo.) ¡Pero qué criatura! ¡No piensa más que en chiquilladas. (A Luis.) Entra, Luis, y verás cómo se está poniendo.

LUIS (Sonriendo forzadamente.) ¿Qué hace?

ROS. (Saliendo vestida como para ir al teatro y arreglándose el pelo. Riendo.) Nada, nada. ¡Vaya un modo de guardar secretos!

LUIS Oye, Rosario. ¿Cómo no han venido á buscarte? ¿No ibas al teatro?

ROS. Sí; pero es que no vamos más que á la *última.*

LUIS Pues ya son cerca de las once.

ROS. No importa. Josefina me dijo que vendrían con el tiempo justo. Comía hoy con ellos Gonzalo, y ya sabéis que cuando empieza á hablar...

GER. (Entrando foro.) ¡El coche de los señores de Medina espera á la señorita!

ROS. Está bien, que voy en seguida. (Mutis Germán.)

ESP. En nombrando al ruin de Roma...

ROS. (Terminando de componerse frente á un espejo.) Bueno, un beso, tía. Adiós, tiíto. ¿No vienen ustedes? Les llevaré en mi coche. (Medio mutis.) ¡Ah! tía, para que no diga usted siempre que yo soy un diablo, mañana que no se la olvide mi encargo. Sería una pena que se perdiese.

LUIS Anda, anda, no hagas esperar más.

ROS. Adiós, adiós.

(Muy movida esta escena. Rosario antes de salir se colocará la «salida de teatro», que la dará Esperanza. Se volverá aún en la puerta para decir con la mano adiós.)

ESCENA II

LUIS, ESPERANZA; luego GERMAN

LUIS (Después de pausa se levanta y va hacia la puerta donde está Esperanza.) ¿Habrá salido ya?

ESP. Ahora mismo han cerrado la puerta.

LUIS Si te parece puedo llamarles ahora. Es la mejor ocasión.

ESP. Sí; pero por Dios, Luis, que no adivinen quién es.

LUIS Descuida. Para nada he de nombrarle. (Va Esperanza hacia la puerta.) ¿Quieres quedarte?

ESP. Mejor será. (Vuelve y se sienta en una butaca. Luis llama al timbre.)

GER ¿Llamaba el señor?

LUIS Vaya usted á buscar á sus compañeros y vengan todos aquí.

GER. Está bien. (Mutis.)

ESP. ¡Esto más, Dios mío! ¡No solo el dolor sino la humillación!

LUIS No sufras, serán breves mis disculpas.

ESCENA III

Entran GERMÁN, MATILDE y demás criados, quedándose cerca de la puerta. Su actitud recelosa es la del que sospecha lo que van á decirle y no le agrada

LUIS (Dirigiéndose á ellos) Hemos llamado á ustedes para darles á todos reunidos una satisfacción, que creo merecida. Mi actitud, lógica para cualquiera que en mi caso se hallara, ha debido sin duda molestarles, tanto más cuanto que veían en ella un acto de injusticia. Ustedes saben que hace tiempo vengo notando faltas de dinero y desaparición de algunas joyas de mi esposa. Su situación por lo tanto era crítica, por ser los más cercanos á nuestras sospechas. Pero una vez que ya he averiguado quién es el verdadero autor de todo, quiero devolverles mi confianza y rogarles acepten mis excusas. Unicamente, dada la delicadeza del asunto, les ruego guarden acerca de él la reserva más absoluta. Ahora ya pueden ustedes retirarse, y no lo olviden, mucha reserva. (Los criados salen por el foro hablando entre sí con animación respetuosa.)

ESCENA IV

LUIS y ESPERANZA. Luis al terminar la escena caerá abatido en un sillón, mientras Esperanza contiene apenas los sollozos

LUIS Y no es esto lo peor, Esperanza.

ESP. ¿Pero aun hay más?

LUIS Hay que Rosario está interesada por él. Ella fué quien me detuvo cuando pensaba castigarle severamente.

ESP. Pero eso... es que ella es muy buena.

LUIS Por bondad se perdona, pero por amor se llora, y ella ha llorado por él. Créeme, Rosario ha dejado de ver en Jorge al compañero de niñez, y mucho me temo que empiece á quererle de modo bien distinto.

ESP. ¡Eso sería demasiado!

LUIS Por eso trato de evitarlo. (Pausa.) Tú habrás hablado con Rosario del viaje de Jorge.

ESP. Sí, pero no he dicho la fecha.

LUIS Es lástima. Quizás sea muy violento, pero no hay otro remedio, mañana...

ESP. ¿Tan pronto?

LUIS Sí, hija; si ya no puede retardarse más; lo he pensado mucho y estoy decidido. Podríamos arrepentirnos como otras veces, y esto ahora tendría peores consecuencias, que al fin antes yo siempre esperé que se corregiría, y por eso no tuve prisa en poner freno á sus locuras. Pero ahora es distinto. Rosario, ya te lo he dicho, se interesa cada día más por él, y es necesario separarlos, alejar á Jorge y evitar que llegue á formalizarse lo que ahora empieza. ¡Pobre chiquilla! No le conoce y sería una crueldad dejar que ella sola se convenciese de qué clase de persona es su primito.

ESP. Quiza si él comprendiera que ella le quiere se portaría de otro modo.

LUIS Tú olvidas que si Jorge es como es y ha hecho lo que ha hecho ha sido porque lo que él cree cariño á otra mujer le ha impulsado á ello. Y cuando se quiere, ó se cree querer, que es lo mismo, tal vez peor, á una mujer como la que ha pervertido á Jorge, se es capaz de las mayores locuras.

(Se oye confuso rumor de conversación fuera y entra Jorge. Viste de frac con el gabán puesto todavía y el sombrero en la mano. Mientras habla se quitará el gabán, que deja sobre una silla en unión del sombrero. Su actitud es franca, su aspecto alegre y desenvueltos sus modales. Un perfecto degenerado, débil, pálido, rubio, etc.

ESCENA V

DICHOS y JORGE

JORGE ¡Hola! ¿Qué hacéis levantados todavía? ¡Ah! Es que hoy es muy temprano. Oye, mamá. Mañana que me despierten á las seis, va á venir Paco Ríos á buscarme con su auto. Un 40 F. I. A. T. que acaba de comprar; dice que es muy bueno. Allá veremos. Quizá no venga á comer, no me esperéis, pues si no quedamos en *panne* pensamos llegar á Segovia y comer allí. (A Luis.) Pero, bueno. Papá, ¿qué me querías? Me han dicho cuando entré que me esperabas.

LUIS Te escucho asombrado; tienes un aplomo que desconcierta.

JORGE ¿Aplomo? ¿Por qué?

LUIS (Perdiendo el suyo.) ¡Basta, Jorge! Se acabaron las comedias y los fingimientos. Esto no puede tolerarse más. Me he enterado de tu última hazaña... y de algunas otras que no conocía. No quiero recordar lo pasado, ya que fuí tan necio que, tomándolo por chiquilladas, no supe castigarlo con entereza. Pero lo de ahora es intolerable, no puede tomarse más que como es, y así lo tomo. Como carencia absoluta de vergüenza, de dignidad y de todo, y gracias que soy yo, tu padre, quien hace este penoso descubrimiento en ti, pues así siquiera, cortaré el paso á tu fama con el secreto de mi dolor.

JORGE ¡Pero, papá.. yo!

LUIS No estabas satisfecho con haber arrastrado tu apellido, que por desgracia es el mío, unido al nombre de esa mujer, que no califico por respeto á tu madre; no te ha bastado dar el espectáculo de que ella ostentase sus joyas más conocidas, sino que has querido terminar tu gloriosa hazaña sustrayendo de los cajones de mi mesa el dinero que para continuar el escándalo te era preciso.

JORGE ¡Eso no es cierto!

LUIS Lo cierto es que creyendo acertar hemos sospechado de todos menos de ti, siendo tú el único culpable que á más se reía de nuestra inocencia. Jorge, eso nadie puede disculparlo. ¡Eres un canalla!

JORGE ¡Te juro, papá, que!..

LUIS Calla, no jures... si no quieres que yo mismo te demuestre tu falta.

JORGE ¡Sí! ¡Sí lo quiero!

LUIS (Con calma.) Dame tu cartera.

JORGE No la tengo aquí, con el frac no la llevo, me abulta mucho. (Mientras con la mano trata de abrocharse el frac.)

LUIS ¿Lo ves? Hoy, como siempre tu cinismo se estrella ante la evidencia de tu culpa. Tienes ahí la cartera, Jorge. ¡Dámela!

JORGE No, no; no la tengo.

LUIS (Va airado hacia él.) Lo veremos.

ESP. ¡Luis, por Dios, qué vas á hacer!

LUIS (Llega hasta Jorge y le saca la cartera del bolsillo interior del frac, mostrándosela.) ¿No es esta? (La abre despacio sacando varios «billetes de Banco».) ¡Jorge! ¿De dónde has sacado tú tanto dinero? (Jorge cae abatido en una silla y durante una corta pausa se escuchan los sollozos de Esperanza. Luis guarda la cartera en el cajón central de la mesa.) Bien, Jorge; esto ha terminado. No estoy dispuesto á tener en casa un hijo como tú y he decidido poner término á tus locuras. Mañana, para tus amigos, para los parientes, para todos, incluso tu prima, saldrás para el extranjero con objeto de terminar tu educación. ¡Educación! (Amargamente.) Hay algo en ti más fuerte que la influencia de la educación y son los instintos. Como te digo, todos te creerán en el extranjero, pero dónde vas es á un correccional.

JORGE (Indignado.) ¡Oh!

LUIS No es, lo comprendo, para un avanzado como tú digno sitio el tal correccional, pero es el menos indigno para vivir de todos los lugares á que te has hecho acreedor con tu conducta. ¡Quiera Dios que algún día, al

abandonar esa casa puedas decir: ¡Hay en mí algo más fuerte que la influencia de los instintos y es la reflexión y el arrepentimiento! (Después de pausa, Luis irá hacia Esperanza y en actitud de consolarla:) ¡No llores! ¿Llora él y es quien debiera hacerlo? (A Jorge.) Esto es todo. Tu conducta hará que este viaje sea largo ó corto; eso tú solo lo has de decidir. (A Esperanza.) Vamos. (A Jorge.) ¡Da un beso á tu madre!

(Jorge va á abrazar á su padre que le rechaza. Se echa en brazos de Esperanza. Luis cierra con llave el cajón de su mesa. Después, y casi á la fuerza, le separa saliendo con Esperanza por la izquierda y dejando solo á Jorge.)

ESCENA VI

JORGE solo, y luego ROSARIO

Volverá á sentarse y durante una pausa grande permanecerá en actitud abatida. Después se levanta transfigurado. Su cara denota decisión y energía. Pasea nervioso por la escena hablando consigo mismo.

JORGE ¡Un correccional! ¡Bonito porvenir! ¡No, Jorge, eso sería ridículo! (Continúa paseando y ya decidido va al foro. Mira hacia fuera y después cierra la puerta. Hace lo mismo en la izquierda. Después de volver al centro de la escena se para dudando, mientras busca algo en los bolsillos del pantalón.) ¡Bah! ¡Todo antes que dejarme encerrar! ¡Eso, nunca! (Saca una llave, y ya rápido irá hacia la mesa, tanteará con ella la cerradura del cajón central que al cabo cede, tomará de él su cartera, buscará revolviendo el cajón algo que no encuentra, hará un gesto de contrariedad expresivo, irá de nuevo al foro, escuchará y, decidido, volverá á la mesa, forzará uno de los cajones laterales, sacando de él, con expresión alegre, billetes de Banco y algún estuche. Cuando esté en esta operación, que ha de ser rápida, oirá ruido fuera, apresurándose á cerrar uno de los cajones.) ¡Ahora sí que va á estar justificado mi viaje al extranjero!

(En este momento se abre la puerta del foro y aparece Rosario que vuelve del teatro. Jorge da un empujón al cajón, que queda abierto y se queda mirando á su prima.)

ROS. (Sorprendida de la actitud de Jorge.) ¿Qué haces, Jorge?

JORGE (Mientras coge el gabán y el sombrero.) ¡Chits! ¡Calla!

ROS. (Sujetándole asustada.) ¿Dónde vas?

JORGE (Intentando desasirse.) ¡¡Quita!!

ROS. (Decidida, levantando la voz.) ¡No! ¿Qué has hecho?

JORGE (La da un empujón que la hace caer al suelo.) ¡Calla, necia! ¡No grites! (Sale precipitadamente.)

ROS (En el suelo llorando.) ¡¡Jorge!! ¡¡Jorge!!

TELÓN RÁPIDO

ACTO PRIMERO

Buhardilla destartalada

ESCENA PRIMERA

ANTONIA barriendo, PEPIN tumbado y LOLO deshaciendo colillas

PEPÍN ¡Niña, niña! Pues no lo has tomao poco en serio. ¡A ver si va á poder ser que te estés quieta!

ANT. (A Lolo) ¿Ves qué cazurro? Después que una se molesta aun tié que graznar. (A Pepin.) Pues, hijo, pa lo que me pagas ya pues ir llamando una asistenta, no quiero yo perjudicar á nadie. Y si te molesta te podías ir levantando. ¡Gachó con el hombre! Di que t'has abonao á momio impar.

LOLO ¿Y no os podíais ir á.. la Moncloa á discutir? Ya se conoce que os sobra el trabajo.

ANT. ¡Anda el otro las que se trae! ¿Pues no llama trabajo á eso que hace? ¡Ja, ja! (Sigue dando grandes barridos.)

LOLO Tienes razón, hija... comparao con el tuyo... esto es una plaza de policía.

PEPÍN (A Antonia levantándose.) ¿Pero oye tú es caneo eso de la escobita?

ANT. Y si lo fuera, ¿qué?

PEPÍN ¿Qué? Que te voy á desesterar la cara de un sopapo.

ANT. ¿Tú?

PEPÍN No, aquí el amigo. (Señalándose á sí mismo.)

ANT. ¡Menos!

LOLO (Sujetando á Pepín que va hacia ella.) ¡Mía que os ponéis ostras! Os traeis una luna de miel que ni aristocrática.

PEPÍN (A Antonia.) ¿Qué te apuestas á que no vuelvo? (Va hacia la puerta.)

ANT. (Cantando y barriendo.)

¿Qué te quieres apostar,
qué te quieres apostar
que te marchas y no vuelves
y á mí lo mismo me da?

(Mutis Pepín dando un portazo.)

ESCENA II

ANTONIA y LOLO

ANT. (Señalando á la puerta.) ¡Moscas, tres, cabrería!

LOLO Pa mí que te quedas viuda.

ANT. Pues anda que me pierdo una alhaja. Un mala pata que nació en Noviembre y por eso es tan fúnebre. No, y ese ha equivocao la fecha en un mes. Venía encargao pa después de Nochebuena, pa las pascuas. ¡Como que su sino es hacérsela á to quisqui!

LOLO Déjate de sinos y ayúdame que me duelen los dedos.

ANT. (Se sienta á su lado imitándole en su trabajo. Levanta entre los dedos un cigarro apenas empezado.) ¡Buena pieza! Este es un desgraciao que á venido á la miseria en lo mejor de su vida.

LOLO ¡Pa que no sufra le voy á matar! (Le enciende y se lo fuma. Pausa.)

ANT. (Va hacia la ventana y mira poniéndose una mano como visera sobre los ojos.) ¡Pero si no pué ser! ¡Apañao está el reló de las monjas, las doce menos cuarto!

LOLO Toma... esas... adelantás como siempre.

ANT. (En otra dirección.) Ya me he hecho un lío... ven tú que no sé si en aquel otro son las nueve ó las doce menos cuarto.

LOLO (Sin moverse.) ¡Eso!
ANT. ¿Cómo eso?
LOLO Que me da igual, hombre.

ESCENA III

DICHOS y CARMEN. Entra con un cacharro de flores en la mano. Vestirá, aunque modestamente, con algo más aseo que las otras. Deja el cacharro sobre la mesa

CAR. ¡Hola!
LOLO } Hola, Carmen.
ANT. }
CAR. ¿Qué hacéis?
LOLO Na, esa que se ha liao con las horas.
ANT. Tú que vienes de la calle, ¿qué hora es?
CAR. No deben ser las nueve aun. Oye, Lolo, ¿y Jorge?
LOLO ¡Jorge! ¡De Condesas! (A Antonia.) Digo tú y que iba poco esporman.
ANT. Raffles el elegante. Na, hasta calcetines se ha puesto.
CAR. ¿A qué hora se ha ido?
LOLO Tú te has ido á las siete, ¿verdad?
CAR Sí.
LOLO Tú te lavas... á veces.
CAR Sí, hombre, sí.
LOLO Pues juzga lo que ha tardao en lavarse y eso ha tardao en marcharse.
CAR. (Se asoma á la ventana sacando el cuerpo casi fuera.) ¡Maldita sea! (Mueve los pies nerviosamente.)
ANT. (A Lolo señalando á Carmen.) Oye tú, vaya una azquisición pa un tupi.
LOLO ¿Pa un tupi?
ANT. Miala, está que echa café.
LOLO ¡A ver si te doy con el bote! ¡Qué chispa tienes!... Cuidao... (Se pone el palo sobre la cabeza.)
ANT. (Señalando el palo.) ¿Y eso?
LOLO ¿Esto? Urbanización, el pararrayos. (Carmen vuelve á la mesa.)
ANT. (A Carmen.) ¿Y cómo tú á estas horas?

CAR. Tengo que ver á Jorge.

LOLO Pues se me figura que no se habrá lavao pa dar tan pronto la vuelta.

ESCENA IV

DICHOS y PETRA

PETRA (Cantando y bailando)
Yo soy la maquinista del amor
de un tren que alegre va...
(Llega á la mesa y después retrocede imitando á la Palou.)

LOLO ¡Chist! Tú ¿á cómo va el kilo?

PETRA ¿El kilo de qué?

LOLO De merluza. Anda que la has cogido de alcabués americanos. Al que madruga ni La Cierva se la quita.

PETRA (En jarras delante de él.) Mialo, mialo un camarón con sal y to. No rebuznas por casualidá que facultades ya tienes.

LOLO Digo, forrá de papel de lija. Hásta que la ponga yo suave un día. No hay más que pasarla la mano á contrapelo.

PETRA Araño. Y pa que lo sepas. Ni la he cogido ni acostumbro. Entraba así, porque mientras tú te estás de peña, so desahogao, yo me he vendido treinta *miserables* en una hora. ¿Te enteras? Lo que no vendes tú en un semestre.

ANT. Y eso ¿cómo? Rediez con Víctor Hugo. Vaya un cartel.

PETRA Na, que estaba en la *visera* y pasaron tres aves de esos de las botas con funda y el gabán familiar y uno á otro le dijo: «¡Sabes que tendría gracia!» «Vaya una inocentada...» y no les oí más, porque sí que tuvo gracia. Diez tomos pa uno, diez pa otro y diez pa otro, que se los cargué y nueve legañas que me largaron.

LOLO Pues sí que ha sido inocentada. (Aparte.) A cada tomo le faltan treinta páginas.

PETRA ¡Pero afeitao, porque á mí no me ven más

el pelo. ¿Conque puedo ó no ser la maquinista?

LOLO (A Antonia.) Digo ¿eh? Esta es una *cónyugüe* modelo. Uy si se entera el Pepín. Ya te veo de biblioteca circulante.

ANT. ¿Yo? Sí.

LOLO No, ya verás cómo te adjudica una edición pa que se la agotes.

ESCENA V

DICHOS y PEPIN

PEPÍN (Desde el fondo haciendo una reverencia.) Reunión magna de capitalistas. Rediez y qué sospresas. Cree uno que se mete en su casa y se cuela en un mitin. (Adelanta unos pasos va hacia la ventana como para hablar á Carmen. Esta, que estará de espaldas, no se da cuenta que se acerca. Pepín la señala á los demás y guiñando un ojo:) ¡Víctima del amor! (Frota visiblemente los dedos índice y pulgar.) Abandoná. A su gachó le ha dao por lo fino otra vez.

PETRA, LOLO, ANT. (Rodeándole curiosos.) ¿Por lo fino? Cuenta, cuenta.

PEPÍN Pues veréis. Estábamos yo y el Mangas discutiendo un negocio á la puerta del tío Zoilo... el que se quedó con la tasca del Sustos, cuando llega Jorge y me dice...

CAR (Volviéndose rápidamente.) Jorge ¿qué? ¿qué dices de Jorge?

PEPÍN Oye tú, ni el Fleury preguntando. Jorge, na.

CAR Sí, tú estabas contando algo de él. Dilo. Yo también quiero saberlo.

PEPÍN Pues mira, pa que te enteres. Que haces la prima, que Jorge no se ocupa de ti, que te la da con nata.

LOLO (Aparte.) ¡Camará, vaya un diplomático! El único pa decir una desgracia de familia.

PEPÍN ¡Pero, hombre, si es verdad! Hace falta estar á medio moco como ésta pa no enterarse y pa no... en fin, yo ya te he avisao. Ahora tú

verás. Lo único que te digo es eso, que te has tirao el primer negocio al cuerpo con irte con Jorge.

ANT. Eso es verdad. Si no te vas con él, ¿de cuándo ibas á estar así?

PETRA Y tanto postín pa na, porque la *luz* se le acabó en na de tiempo, ¿verdá tú?

CAR. Sí, todo eso es verdá. Pero yo le quiero. El me quería y por mí ha hecho mucho, mucho. En París me tuvo un año como una reina, luego... ¡qué culpa tiene él!

LOLO ¡En París! Más os valía no haber andao como los reyes. Con lo que habéis gastao en París teníais ya pa cocido perpetuo y no que ahora... á dos velas.

PEPÍN (Cogiendo libros de los que hay en el suelo y dirigiéndose á Lolo.) Tú, que hay que comer y por ahora no hay más que dientes, conque agárrate los jilgueros y vámonos. No te metas en los senos de las familias. Después de to allá ella. Algo tendrá su hombre cuando la tiene atontá.

LOLO Tienes razón. (A Petra con misterio.) Oye tú, suda algo. (Indicando dinero.) Que no te vea ese. (Por Pepín.) No vaya á ver esgrima.

PETRA ¡Hace frío!

LOLO Vamos, anda que estoy boqueras.

PETRA (Saca una peseta y se la da.) Si tuvieras los dátiles tan listos para trabajar como pa pedir, ¡gachó, qué finca! (Salen Lolo y Pepín.)

ESCENA VI

CARMEN, ANTONIA y PETRA

Al quedarse solas, Antonia trata de poner en orden los objetos que hay sobre la mesa. Petra irá junto á la ventana á sentarse, sacará hilo y aguja y se pondrá á remendar un «siete» de su falda. Carmen apoyados los codos en la mesa destroza una flor, profundamente preocupada

PETRA Esta faldita es una ganga. Me ha resultado un organillo; ca tres días pieza nueva.

ANT. Aprende, ¿ves esta? (Por la suya.) Seis reales me costó hace dos años y todavía no se ha reído una vez.

PETRA ¡Pues ya es tener pata!

CAR. (Tirando lo que queda de la flor. Se levanta nerviosamente, con el codo empuja un cacharro que cae con ruido al suelo.) ¡Cáete, hombre, cáete! ¡No se caerá lo que yo quisiera!

ANT. ¿Pero qué sacas con ponerte así? Freirte la sangre y to pa ná, pa que venga luego y babees oyéndole.

PETRA Tiene razón esta.

CAR. No, de hoy no pasa. Yo no aguardo más. Después de todo más vale terminar de una vez, ser claros... (Se abre la puerta y entra Jorge.)

ESCENA VII

DICHAS y JORGE

El aspecto de este es verdaderamente interesante y se aconseja al actor no peque de exagerado en la indumentaria. Esta, aunque modesta y miserable, resaltará de la de los otros

JORGE ¡Hola! ¿Qué hacéis? Y tú, Carmen, ¿cómo has vuelto tan pronto?

CAR. (Seca.) Ya ves.

ANT. Será porque habrá querido, digo yo.

JORGE ¿Y á ti quién te pregunta?

ANT. Es una observación.

JORGE Las observaciones te las guardas para los otros, yo ya estoy harto de oiros decir sandeces y no estoy dispuesto á oir más, ¿te enteras?

ANT. Oye, tú, ¿y de qué chimeneas has cogido tanto humo? (Cómicamente.) El Gobernador militar de la provincia.

JORGE (Con rabia.) Algún día os voy á quitar la cara de un trastazo. Lo menos os habéis figurado que he nacido yo para servir de monigote.

PETRA Que yo ahora no me metía en nada y eso de quitar caras, cuidao.

CAR. ¿Y á qué viene todo eso, Jorge? ¿Porque te

han dicho esas que si he vuelto es porque he querido? pues es la verdad.

JORGE — ¿Pero tú también con moños? Pues me habéis cogido á propósito. Precisamente he aprendido á quitarlos de un golpe.

CAR. — ¿Amenazas?

JORGE — Sonrisas. No ves que me gusta tirar la saliva.

CAR. — ¿Sí? Pues bueno, lo que te digo es que así es imposible que sigamos.

JORGE — Pues hija, (Señalando la puerta.) ni picaporte, empujar y ya estás en la calle.

CAR. — ¿Lo dices en serio?

JORGE — ¿Te he dicho yo algo en broma nunca? Ya lo sabes, yo no gasto rodeos. ¿Te has cansado? pues aquí no haces nada. (La vuelve la espalda. Carmen llora y lleva el pañuelo á los ojos.)

ANT. — (A Petra.) ¿Nos las piramos?

PETRA — Sí, sí, que hay debate. Me huele que los muebles van á andar de *arioplanos.*

ANT. — Tú, Carmen, nos vamos ¿eh?

PETRA — Adiós. (Mutis.)

ESCENA VIII

CARMEN y JORGE

Jorge va hacia la ventana y se sienta. Carmen le mira hacer tristemente y después de pausa dice:

CAR. — ¿Así, Jorge, que me echas, quieres que me vaya?

JORGE — ¿Echarte? ¿Quién soy yo para echar á nadie de aquí? Lo que no quiero es que me estés siempre con las mismas. «Que no podemos seguir así, esto no puede ser». Estoy muy harto ya, Carmen.

CAR. — ¿Pero crees tú que me las voy á tragar todas? Lo que á ti te pasa es que ya no me quieres, que lo has olvidado todo.

JORGE — ¡Ojalá! Me pasa lo contrario, que no he olvidado nada. Que me da pena verme como estoy.

CAR. — ¿Lo ves? Eso es lo cierto. Yo no significo

nada para ti. Tú te acuerdas de los tuyos, de tu vida de antes y te da asco esta buhardilla .. y te doy asco yo. (Llora.)

JORGE Lo que me da asco es ver que me he perdido para siempre.

CAR. No has sido tú solo, porque me has perdido á mí también, tú lo sabes, yo tenía mi modo de vivir... como Dios manda, te conocí y lo dejé todo, huimos juntos y dime tú, ¿si no me hubiera marchado contigo estaría hoy así? ¡Para estar mejor que ahora!...

JORGE ¿Te parece que voy á estar oyendo siempre lo mismo? ¿No viniste conmigo por tu gusto? ¿Te llevé yo atada? Pues entonces ¿á mí qué tienes que venirme con músicas de lo que te has perdido? Dí que te ha pasado lo que á todas, mientras dura el dinero al pelo, pero después, cuando se acaba, son las quejas. Cuesta mucho trabajar para ganar dinero cuando se ha estado tirando mucho tiempo. Aun tengo que agradecerte que no te hayas largado al mismo tiempo que la última peseta.

CAR ¿Así crees que soy yo? ¡Qué desgraciado eres! ¡Pensar que todo se hace por el interés! Como no lo has sentido nunca por nadie no puedes creer que haya cariño. ¡Si todos fuéramos como tú!...

JORGE Como yo, ¿y cómo soy? Como me han hecho ser. Sin voluntad nadie sigue un camino tan penoso como el mío si no se lo marcan otros, si no encuentra manos que le conduzcan, y á mí todos, tú la primera, me llevais por el que sigo.

CAR. (Indignada.) ¿Que yo te he impulsado á perderte? ¿Es decir que es mía la culpa de lo que has hecho?

JORGE Si no toda, algo de ella tienes. Tú has sido y eres la barrera que me separa para siempre de mis padres, de mi casa, de todo lo que fué mío.

CAR. ¿Que te separo yo?

JORGE Tú, Carmen, tú misma, sin saberlo ó sabiéndolo demasiado. Todo lo que yo he he-

cho por ti, cuanto más á ti me unía, más me separaba de ellos.

CAR. ¡Lo que has hecho por mí! ¡Qué cómodo es eso! ¡Por mí! Tal vez lo creí algún día, pero hoy estoy convencida que no era por mí. Eran tus instintos de vicioso y perverso, tu sangre de canalla la que te impulsaba. Y para echármelo en cara te acojes á tu remordimiento. Mientes, no estás arrepentido. Es que eres malo, peor que yo, y por eso me desprecias. (Llora desconsolada.)

JORGE ¡Despreciarte! ¡Sé yo acaso si te desprecio! Sólo sé que por ti, sí, por ti, me olvidé de arrepentirme cuando me marché de mi casa. En tus brazos y en tu boca, apagué los remordimientos que me asaltaron y logré alejarlos. Y hoy que tus caricias y tus besos me recuerdan mis culpas, veo en ti el mayor obstáculo para redimirme.

CAR. Es bien triste, yo lo único que te estorba y aguardas á decírmelo ahora, porque sabes que te quiero, que no podría vivir sin ti, ¿por qué no lo dijiste antes?

JORGE Entonces yo no sabía que tu cariño que veía crecer me iba separando más de todo, cuanto más crecía. Si lo hubiera sabido ¿hubiéramos llegado donde hemos llegado? ¿Te acuerdas de aquella noche que en una calle de París, muertos de hambre y de frío te hablé de volver aquí y empezar una vida honrada? ¿Te acuerdas lo que me contestaste? Te abrazaste llorando á mi y entre besos me pedías que no te abandonara porque te morirías. Otra vez más dominó tu voluntad á la mía y me quedé, y la fatal influencia de aquella noche me llevó á lo último, á añadir en mi triste historia un hecho más infame, más repugnante que los anteriores.

CAR. (Con vehemencia) ¿Y yo influí en eso también? ¿Fué mía la culpa de tener hambre? ¡Oh, no! eso no. Tú los buscastes. Ellos fueron. ¿Yo qué hice? Tan solo impedir que ahora estuvieras pagando con años de tu libertad las alhajas que robasteis. ¿Has olvidado que

por salvarte expuse mi vida? (Pausa.) Jorge, no creas que me engañas, si estás pesaroso de tu comportamiento, si te abruman tus faltas, si desprecias mi cariño, no es por que te arrepientes, no; lo que te pasa es que has vuelto á ver á tu prima. (Jorge levanta la cabeza y la mira sorprendido. Con retintín.) Sí, á esa niña, santa y buena, de quien tantas veces me has hablado con veneración y respeto y que ahora significa para ti lo perdido é imposible de alcanzar. Eso es lo que te pasa. Que piensas desde hace tiempo en ella, como en el cielo y te da coraje ver lo lejos que están de ti ambas cosas; (Despreciativa.) también son ilusiones. Ya se conoce que no hay espejo en casa, que si no comprenderías lo que la insultas al pensar en ella. (Con ironía.) ¡Está guapo el señorito para galantear muchachas decentes!

JORGE — Tú no sabes que si eso fuera verdad los vestidos se cambian pronto.

CAR. — Los vestidos sí, pero tú no. Para cambiar tendrías que nacer de nuevo.

JORGE — Quien ha sido antes otra cosa no le cuesta mucho volver á serlo.

CAR. — Te equivocas, Jorge. Cuesta más volver que empezar.

JORGE — (Con rabia.) Mira, Carmen, no te consiento ni que pienses en esa mujer, porque solo con pensar en ella la ensucia tu liviandad.

CAR. — ¡¡Jorge!! ¡¡Eres un cobarde!! (Se abre la puerta y entra Lolo.)

ESCENA IX

DICHOS y LOLO

LOLO — (Entra con su jaula.) ¿Se puede? (Aparte.) Pa mí que llego á tiempo, me huele á bronca doméstica y siempre es bueno un testigo, porque si no ya sé como acaban estas cosas. (Hace ademán de paliza. Alto.) ¿Habéis almorzao ya?

JORGE (Seco.) No.

LOLO Pues yo como no se haya acordao de mí la Petra, abstinencia. (Se hace una cruz en el estómago.) Cuando me fuí de aquí llevaba cuatro reales y seis gorriones. Pues bueno, llego á la plaza de Oriente, me siento de lao del sol y la de siempre á ca uno que pasaba: «Oiga, ¿no quiere un pájaro amaestrao?» «¿No desea por poco dinero una banda de música perpetua?» «Venga que los doy casi de balde». «Mire este, vaya un regalo para una niña soltera». «¿No le quiere?» Y ni pa Dios colocaba á nadie un pajarito. Por fin se me pone delante un pelmazo, le coloco to el cilindro y me dice: «¿A cómo van?» ¿Qué á cómo van? le digo viéndole con toda la facha de un tolili. ¿Se ha fijao usted en la clase del ave? Pues porque no me he estrenao se lo voy á dar por una peseta. ¡Ay, mi madre! Va el tío y me coloca en la mano una pieza del Gobierno provisional de dos plumas. (Hace ademán de cambiar dinero.) ¡Ni la Lonja del almidón! ¡Ahí va, amigo! Y le suelto mis cuatro reales en una mano y el gorrión en la otra... y al galope no se me arrepintiese.

CAR. Vaya, hombre, buen negocio.

LOLO Digo. (Sacando una pieza de dos pesetas falsa.) ¡¡Mia las dos plumas!! (Tirándola sobre la mesa.) ¡De hojaldre! Lo bueno que tie es que son flexibles. ¡Gachó, con el tolili! Las usa de esas que to es hoja! Con que ya veis si he hecho negocio. En vez de seis gorriones me traigo cinco, y las plumas de otro, porque estas pa jugar al chito. (Entra Petra.)

ESCENA X

DICHOS y PETRA

PETRA (Entra con un envoltorio, que será un puchero tapado con un periódico.) Pero vamos, entodavía de charla y ha almorzao ya... hasta *Netuno*. Es moda el ayunen?

LOLO ¡Es necesidá!

PETRA ¡Ya lo veo! ¡Solo falta el menú!

LOLO Anda ésta. . Pues á ver que aportas tú que no esté crudo y con güeso. ¿Pero oye, oye, qué es eso? (Señalando el puchero.)

PETRA ¿Esto? Un lío.

LOLO Pues no lo ocultes; que se te *pué* hinchar.

PETRA Vamos, toma. ¡Que siempre soy yo la que tié que pensar en el de *cá día*!

LOLO ¡Olengue! ¡Callos y en bote!

PETRA No, que los iba á traer puestos.

PETRA (Oliendo el puchero.) Vaya un *funguelen.*

LOLO (Señalando á Carmen y Jorge.) ¿Los señores, tien jaqueca?

LOLO ¡Tienen hástio! ¡Eh! Acercarse á picar. ¡Que estos ya pican! (Probando los callos.)

CAR ¡Sí! ¡Sí! A comer todo el mundo.

LOLO (Empujando á Jorge) ¡Vamos, anda; que hay guateque! (Pausa. Todos en la mesa.)

PETRA Pues de milagrito que los haya traído. He estao por dar á la tía lacia esa, con el anca del puchero en la cabeza. ¡La tía bisoja... que tie que ponerse de perfil pa verle á una! La...

LOLO ¿Pero, qué te ha pasao?

PETRA Na, hombre, rutinas. Que la pido los callos y me dice: doña *luz* por delante. Ahí va doña *luz*. Ahí va. Ansia pelona... Pues entodavía ha tenido que sonar las perras, más que si *estuvían* costipás.

JORGE (Desabridamente) Esto no hay quien lo coma. Se lleva la garganta detrás.

PETRA ¡Bah! ¡Ya nos ha fastidiao!

LOLO La verdad que estás pelma estos días.

CAR. No, si son cosas mías. Ya lo veis. Cada palabra que dice es para molestarme. ¡No sé que va á haber que hacer para que estés contento!

JORGE ¿Qué va á ver que hacer? Ya os lo he dicho. Que me dejéis en paz, que no me estéis sobando todo el día.

LOLO Hombre yo... serán éstas.

JORGE La culpa la tengo yo, ya lo sé, pero esto va á durar poco, que ya estoy hasta los pelos

de todos... (*Se levanta.*) ¡Cuándo será la hora . ! (*Nervioso.*) Me voy. (*Va á coger el sombrero.*)

LOLO ¿Pero dónde vas?

CAR. A Palacio, le habéis confundido, es un gentil-hombre, no lo miréis, es que va disfrazado.

JORGE (*Volviendo desde la puerta hacia Carmen.*) ¿Pero es que te has propuesto que se me acabe la paciencia? Ten cuidado que la confundida eres tú. Puedes pedir á Dios que no piense que fuí otra cosa antes de ser un golfo.

CAR (*Con intención.*) El qué, ¿ladrón? (*Jorge alza la mano para pegarla.*)

LOLO (*Sujetándole.*) Eso no... ¡Que es femenina!

JORGE Tienes razón, ¿para qué? (*A Carmen.*) Pero eso que has dicho no tengas la idea de repetirlo otra vez porque iba á ser la última. Si te da rabia pensar que yo he sido lo que tú nunca has podido ser, una persona decente, te aguantas, porque cuando yo quiera, no me costará mucho volver á serlo.

CAR ¡Volver á serlo! Eso se dice muy pronto.

JORGE Y se hace.

CAR Te iba yo á estorbar para eso como siempre.

JORGE Cuando una cosa estorba se quita. Ya ves que en este caso no me costaría gran trabajo.

CAR. Separarte de mí, sí, pero olvidarme para poder decir que habías quitado del todo el estorbo... eso es imposible. Podría yo si quisiera hacerte ver que estás muy unido á mí... pero eso, para qué, si todo lo que piensas son ilusiones.

JORGE ¿Ilusiones?

CAR. Pues claro, hombre, claro, ilusiones. Tú no te ves como estás. Si te vieras, si supieras mirarte á ti mismo no pensarías nada de lo que piensas; creer que quien te conoce y te vea así ha de dejar que te acerques á ella, que sueñas no lo dudes. (*Con violencia.*) Tú tienes que quedarte como estás para toda la vida porque para subir cuando se está tan bajo como tú, hay que tener voluntad y tú no sabes andar si no te llevan de la mano.

JORGE Porque me veo como estoy, porque sé hasta donde he caído, no quiero caer más. Que tratando de subir desde tan bajo, si no lo consigo, puedo al menos detenerme en la caída y ya ves si eso es algo cuando lo que hay debajo es muy hondo.

CAR ¡Detenerte! ¿Pero estás loco, Jorge? Y si tú te detienes, ¿quién me detendrá á mí? Eso no puede ser y no será; si juntos caimos, juntos seguiremos; ¿no dices que yo he sido la que te hizo caer? (Amenazadora.) pues yo seré la que te impida levantarte.

JORGE (Yendo hacia ella.) ¡¡Tú!! (Petra sujeta á Jorge y Lolo á Carmen.)

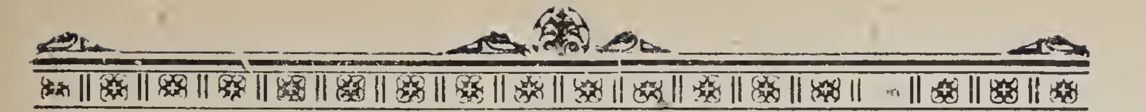
LOLO (A Carmen.) Vamos, tú, calma. (A Jorge.) Y tú no la pinches, déjala en paz. ¡Que le habéis de cortar á uno todas las digestiones!

PETRA Tiene razón éste. Callarse ya, que para seguir como antes no sé por qué habéis de reñir todos los días.

JORGE (Desasiéndose.) ¡No, dejadme! (A Carmen.) Hasta hoy, Carmen, fuiste tú la fuerte, sujetaste siempre á la tuya mi voluntad débil, pero hoy es distinto. (Decidido.) ¡No lograrás dominarme! Jorge, el que necesita una mano que le guíe, se desprende de la tuya funesta y caminará solo hasta alcanzar la de esa mujer... (Abofeteándola con las palabras.) á la que quiero como á ti nunca te he querido.

CAR (Con exaltación trágica.) ¡¡Qué la quieres!! ¿Y piensas que he de dejarte yo que me abandones? ¡¡Nunca!! Si mi voluntad ni mi cariño bastan á sujetarte, serán mis manos las que te detengan. (Coge la navaja de Lolo que está abierta sobre la mesa y va hacia Jorge. Este se echa atrás espantado mientras Lobo y Petra corren á sujetarla impidiendo que llegue á herirle.)

TELÓN



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Gabinete elegante

ESCENA PRIMERA

MATILDE y ROSARIO

MAT. (Entrando.) Señorita, ¡ay qué disgusto, señorita!

ROS. (Asustada.) ¿Qué pasa?

MAT. ¡El señorito Jorge que ha venido!

ROS (Sorprendida,) ¿Qué dices?

MAT. Lo que usted oye; hace un instante que subió el portero asustado para decírselo á los señores. No quería dejarle entrar sin su permiso, pero no ha podido ser, porque él subió detrás. ¡Cómo viene, señorita! ¡Cómo viene! ¡Casi no se le conoce! ¡Viene hecho un golfo!

ROS ¿Pero á qué viene? ¿Quiere ver á sus padres?

MAT. No, señora. Dice que es á usted á quien quiere ver, y que si no le dejamos entrar dará un escándalo.

ROS No importa. Avisad en seguida á mis tíos... (Aparece Jorge en la puerta.) ¡Jorge! ¡Tú aquí!

ESCENA II

DICHAS y JORGE

JORGE — Sí, yo. (A Matilde.) ¡Largo! ¿Qué haces ahí, pasmarote? Cierra esa puerta y tu boca, porque si dices que estoy aquí te ahogo.
(Sale Matilde asustada cerrando la puerta. Rosario cae en una silla ocultando su cara con las manos.)

ESCENA III

ROSARIO y JORGE

JORGE — (Mirando á su alrededor.) ¡Jeh! Tan cierto es que esta es mi casa, como que no me querían dejar entrar esos bárbaros. (Mirando su traje.) ¡La verdad es que me despego del cuadro!

ROS. — (Sollozando.) ¿Por qué has venido?

JORGE — ¡Tan pocas ganas tenías de verme! ¡Qué pronto se olvida á los que han hecho mucho! Pues yo creí que me esperábais.

ROS. — ¿A ti?

JORGE — ¡Naturalmente! Yo en mi culpa siempre esperé vuestro perdón. ¿No esperábais vosotros mi arrepentimiento?

ROS. — ¿Arrepentido tú? ¡Y entras en casa de esta manera!

JORGE — De eso no tengo yo la culpa. ¿Qué me importa que me cierren las puertas si he de encontrar abiertas las de vuestro corazón?

ROS. — Entonces, ¿por qué no quieres que sepan que estás aquí?

JORGE — ¿Para qué? ¿No estás tú? Pues á ti es á quien buscaba.

ROS. — ¿Me buscabas á mí antes que á tus padres? ¡No es ese, Jorge, el modo de alcanzar su perdón! ¡Presentarse así con esa facha, con esas violencias, faltando y amenazando á los criados! Créeme, más que alcanzar su perdón parece que tratas de nuevo de ofender-

los. ¡Vete, Jorge, vete! Yo que sé lo que han sufrido por tu culpa, soy quien te lo ruega.

JORGE ¿Marcharme? Me ha costado mucho el venir á verte para que me marche tan pronto. ¡No soy tan culpable para que se me eche!

ROS. ¡Oh! Piensa que ni un momento de tu miserable vida ha sido secreto para ellos. ¡Todo, todo lo saben! ¿Crees si no que se hubieran negado á recibirte?

JORGE ¡Culpable, no; arrepentido, sí!

ROS. ¿Y cómo creerte? Cada vez que llegaba á casa una carta tuya hablándonos de enmienda, todos creíamos en ello, y la alegría nos cegaba un instante. ¡Pero después! Siempre igual; tu padre, al indagar lo cierto de ella, solo encontraba detrás de aquellas promesas, detrás de aquellos buenos propósitos el pretexto para obtener algún dinero. ¡¡Que no tengo con qué volver á Madrid!! ¡¡Que estoy sin comer!! El dinero iba, las primeras veces por credulidad de tu padre. Después por ceguera de tu pobre madre. Ultimamente por ruegos míos. ¡Tal vez mis ahorrillos!... y después nada, tus cartas cesaban, y otra vez el despecho y la tristeza.

JORGE ¡Te aseguro que eran sinceras! ¡¡He pasado mucho!!

ROS. Lo sé, si no todas algunas lo fueron, pero tan cierto como tu sinceridad, tan cierto como tu enmienda, era que podía más en ti el impulso de tu maldad que el freno de tus remordimientos. (Pausa.) Tu última carta, la que más esperanzas nos hizo concebir, era tan triste, nos contabas tu vida, lejos de tu patria y de tu familia, no encontrabas una mano que te socorriera. Era la más lejana de tu falta y por eso creímos quizás más en ella que en las anteriores.

JORGE ¡Cuando la escribí estaba verdaderamente desesperado! No era el primer día que llevaba sin comer, y sin embargo, más que mi necesidad me torturaban mis recuerdos. Si hoy me preguntases lo que en aquella carta decía no te sabría contestar. ¡Lo puse todo!

¡Quizás poco! ¡Tal vez demasiado! Tan aturdido estaba que solo en el momento de ir á dejarla en el correo, caí en la cuenta que no tenía dinero para el sello. ¡Entonces no sé lo que pasó por mí, algo muy grande y que buscó la salida en mis lágrimas! ¡Cómo lloré! ¡Más que nunca! ¡Tal vez como nunca había llorado! Aquel pequeño detalle se me apareció tan grande obstáculo á mis ojos que quedé aterrado. ¿Sabes por qué? Porque me hizo ver lo lejos que estaba de vosotros. Entonces me convencí de que el camino que tan corto me pareció en mi huida era enorme para mí regreso. (Pausa.) No sé lo que hice, ni por qué. Fué la mano de Dios que me impulsó queriendo confundirme en aquel instante. Sin saber lo que hacía sujeté por un brazo á una señora que pasaba á mi lado, y en mi idioma, convencido de que mi desesperación debiera ser de todos comprendida, la dije: (Llorando.) ¡Señora, una limosna por amor de Dios! Aquella señora, que seguramente no comprendió mis palabras, me miró, miró mi carta y algo debió comprender al mirarme, porque dándome un franco, me dijo: *¡Pauvre homme!* ¡Oh! ¡Sí! Gracias, señora. ¡Pobre hombre, no! ¡Pobre niño! pensé yo mientras corría á dejar la carta en el correo. Luego ya no lloré, me pareció que estaba perdonado, volvía contento...

ROS (Le interrumpe llorando.) ¿Entonces por qué caiste otra vez?

JORGE (Asombrado.) ¿Lo sabíais?

ROS. Para tu desgracia y para la nuestra lo supimos. También nosotros vimos en esa carta la verdadera, la última. Tu padre estaba decidido á ir á buscarte á París donde le indicabas. Al otro día nos llamó apresuradamente, fuímos, solo el mirar su rostro nos hizo presentir una desgracia... apenas se dió cuentra de nuestra presencia. Sus ojos extraviados recorrían las columnas de un periódico.

JORGE ¡Dios mío!

ROS. Antes que nada le preguntáramos, se lo dió á tu madre señalando un telegrama de París... Juntas lo leímos y juntas nos espantamos. Allí estaba tu nombre, mejor tus iniciales y tus señas juntas con el nombre entero de esa maldita mujer, para que no cupiese duda. Allí venían los detalles del robo que habíais cometido en una joyería, los nombres de los capturados y la noticia de vuestra huida. (Jorge caerá abatido sobre una silla.) Durante mucho tiempo nos aterró la idea de que fueses detenido por la policía. Después tu padre prohibió en absoluto que se pronunciase tu nombre con ningún motivo y ordenó que tus cartas fueran rotas sin leerlas.

JORGE ¡No ha sido necesario!

ROS. No volviste á escribir y desde entonces nada de ti supimos.

JORGE (Se levanta decidido.—Transición.) ¡No hacía falta! ¡A qué más! Rosario, hoy no es el pasado el que me trae aquí. El pasado es para mí tan abrumador, que ni olvidarle quiero, por no recordar que le olvidé. ¡Maldito el olvido que solo añade un pesar más á los que son sus víctimas! Después de nuestro delito, y huyendo de su castigo, vine á Madrid y aquí estoy hace ya mucho tiempo. (Rosario quiere hablar, él interrumpe.) ¡Calla! Sé que vas á decirme por qué no vine antes. Era inútil. Mientras fué solo á mi padre á quién ofendí pude esperar que me perdonaría, pero al ofender á la sociedad entera le quitaba el derecho de castigarme y su perdón era inútil como su ruego.

ROS Inútil no, pues era uno que te perdonaba.

JORGE El perdón solo es uno. El que se concede el culpable. Y yo no me había perdonado.

ROS Entonces, ¿por qué dijiste que estabas arrepentido?

JORGE Arrepentido sí, perdonado no. (Pausa.) Hoy es distinto, Rosario. Para perderme seguí el camino que me marcaron. Mientras le re-

corrí, no encontré una mano que me impidiera seguir adelante. Sólo en su fin cuando el retroceso me parecía imposible, he encontrado el principio de la otra senda. La que vuelve, estrecha, difícil, ingrata en su curso, pródiga en su término. Mientras fuí ciego de culpa en culpa, fuí deprisa y no fuí solo. Cupimos los dos y la mujer por la que me perdí no me abandonó nunca. Al empezar mi marcha hacia el bien, soy yo quien la abandona. Me salva otra mujer, otra no impura y que no va á mi lado sino que está en la cima. Ya no voy ciego, todo lo veo y todo me asusta. No quiero que me salga al encuentro. Solo quiero que me mire, que me llame, que no me deje ver los que me sigan. (A Rosario apasionadamente.) ¡Y esa mujer eres tú!

ROS (Asustada) ¡¡Jorge!!

JORGE Tú, la santa, la buena, la que perdona... no, la que perdona no, á la que yo quiero y la que hará que yo me perdone. (La coge una mano.)

ROS. (Desasiéndose.) ¿Pero Jorge, estás loco?

JORGE Quizás demasiado, pues es ahora cuando me lo preguntas y antes no lo sospechaste siquiera. ¡Loco, sí loco! Pero no como antes que me fuí hacia lo desconocido, sino loco furioso de amor imposible. Al llegar á Madrid tú fuiste, lo aseguro, en quién menos pensaba y hoy es lo único en que pienso. ¿Cómo empecé á quererte? es bien sencillo. Acaso hubo al principio algo de egoismo, mientras buscaba un camino para apartarme de una vida que se me hacia cada vez más odiosa. ¡No le encontré! Un día á la puerta de un teatro, mientras abría las portezuelas á los coches, buscando así ganar algo con que comer...

ROS. ¿Tú?

JORCE Sí, ¿qué te extraña? Cuando se dice uno: hay que vivir, no debe preguntarse ¿cómo? (Pausa.) De uno de aquellos coches, bajaste tú. No había vuelto á verte desde mi mar-

cha. No sé lo que sentí. Una vergüenza muy grande, bajé la cabeza y tú bajaste sin verme siquiera. Alguien que bajó después que tú, me alargó unas monedas de cobre. No sé quién fué, no veía. Muchos habían sido los amigos que encontré hasta entonces, y nunca me sentí avergonzado de mi miseria como en aquel momento. Corriendo seguí hasta llegar á mi casa. ¡Nunca me pareció tan miserable! Mis compañeros, ella, todo me dió, no sé si pena ó asco Me encontré más solo que nunca. Quise dormir, buscando así un descanso á mis pensamientos y no pude. Ante mi vista desfilaron todos los momentos de mi vida, fuertemente iluminados por mi febril imaginación. Mi locura, mi crimen, mi miseria y detrás de cada visión, tu figura plácida, correcta, sonreía siempre contrastando con lo trágico de las otras. (Pausa.) No sé si dormido ó loco, creí volverme niño, mi figura menguaba hasta ser la de uno de pocos años, de débil cuerpo y cara monstruosa. Sobre un camino llano, muy llano y muy pendiente, yo solo corría, corría con velocidad increible para mis piernecillas de enano raquítico. Sin que ningún obstáculo fuese culpable, mis piernas se doblaron, no sé si débiles ó rotas, y caí de golpe enterrando mi cara en el polvo. Entonces tú me levantabas del suelo. Al principio me mirabas asustada de lo horrible de mis facciones, pero después... me dabas un beso. Y yo reía, y la plácida hermosura de tu cara de ángel, iba poco á poco animando mi rostro, que ya no lo era feo sino sereno y con la arruga de los mártires en la frente.

ROS. ¡Estás loco, Jorge! Eso es imposible. Olvidas que si alguna vez te he querido hoy no puedo quererte. Sería cómplice tuya en las penas de mis pobres tíos.

JORGE ¡Tú lo has dicho, Rosario! ¡Alguna vez me has querido! Yo entonces no aprecié tu cariño, engañado por otro que me cegaba. Pero hoy tu cariño es para mí la redención. Es el

velo que ha de ocultar á mis ojos mi antigua vida.

ROS. ¡Oh! ¡Calla por Dios! Cuando te quise, tu desdén me afligía. Hoy al quererme tú, casi me ofendes.

JORGE (Arrebatado.) ¡No es mi cariño el que te ofende. Es que lo comparas con otro.

ROS ¿Qué dices?

JORGE ¡Sí, con otro! Es que quieres á otro. (Pausa.) ¡No! ¡Eso no puede ser! Es imposible. No le quieres. Si eso fuera verdad, no habría Dios, ó sería maldito, pues me indicaba el camino de mi redención cuando ya es imposible. (Trágico.)

ROS. (Le tapa la boca con la mano. Transición.) ¡Calla, loco! A nadie quiero ni quise nunca más que á tí. Mi cariño fué siempre tuyo. Tuyo cuando niños, nos parecía un juego. Tuyo cuando loco nos olvidaste á todos. Tuyo en tu ausencia. Tuyo siempre para disculparte todo, para perdonarte todo. ¿Cómo no ha de ser tuyo ahora que tú lo pides? ¿Ahora que lo necesitas más que nunca?

JORGE ¡¡Rosario!

ROS. Te quiero como te quise siempre, pobre, caído. Yo como en tu sueño seré la que te ayude á levantarte. (Le coge la cabeza entre las manos.) Tu rostro no me asusta. Mientras fué horrible, lo tuviste entre el polvo y no lo ví. Ahora es triste, melancólico, con la tristeza melancólica de un convaleciente. ¡Jorge! Mi pobre enfermo, yo cuidaré de tí, hasta que tu espíritu otra vez robusto pueda ser mi descanso.

JORGE (Llorando.) ¡Qué buena eres, Rosario, al perdonarme!

ROS ¡Si yo no te perdono! Tú lo digiste antes. ¿Para qué perdonarte? Yo te quiero, perdónate tú que yo nunca te he culpado.

JORGE (Levantándose transfigurado. Transición.) ¡Oh! ¡No! Eso es demasiado, yo vine aquí, no por tu cariño concedido, sino á ganarle. A que me impusieras sacrificios que me hicieran digno de él. A que tú me marcases la senda

para llegar otra vez hasta ti. (Despechado.) ¡Y tú no exiges nada! Me acoges sin méritos, solo con faltas. ¡Eso es imposible! (Pausa.) Yo seré otro. Trabajaré. Buscaré en una vida honrada y laboriosa el modo de hallar mi perdón, y solo entonces volveré á buscar el tuyo. (Rosario quiere interrumpirle. El continúa.) Te he comprendido, me perdonas, me dices: «Te quiero» para que no huya, para que me aliente y vuelva á vosotros. ¡No, Rosario, eso no! Pues más que sufro porque no me quieres, sufriría si me quisieses al verme sufrir.

Ros. Si te quise y te quiero, no fué por lástima, no fué porque sufrías, sino porque siempre creí que no eras malo. Lo que tú llamas tus crímenes y tus locuras, yo no las creo tuyas, sino de los otros, de los que te guiaron. Tú fuiste ciego y no fuiste solo. Alguien te llevó hacia el mal. ¡Y ahora que vienes hacia nosotros, quieres ir solo y tomas por compasivo mi apoyo! Tu valor te engaña, Jorge, no te conoces. El que tantas veces retrocedió antes de empezar su redención, retrocedería una vez más. Por eso, yo quiero estar á tu lado. Para animarte. Esos sacrificios de que hablas, esa vida honrada y laboriosa que prometes empezar solo hasta que te iguales á nosotros, la empezarás aquí á mi lado al lado de tus padres que te perdonarán y verán lo cierto de tu enmienda.

Jorge Hablarías bien, si solo fuese vuestro perdón lo que buscaba. Pero quiero más, quiero perdonarme yo y que tú me acojas, no humillado, sino altivo por mis méritos que habrán logrado oscurecer mis faltas. Quiero que cuando te diga: ¡Rosario, vas á ser mi mujer, vamos á vivir juntos toda la vida, no sombree mi alegría el pensamiento de tu sacrificio! Y á eso no puedo llegar del modo que tú me propones, sino solo, luchando mucho. Si algo pensé al venir á verte, fué que me recibirías mal. (Despechado.) Tú me escuchas y me absuelves, pero la penitencia que me impones es tan pequeña y dulce

para mí, que si la aceptase algún día podría dudar de lo sincero de tu perdón. Hay mas, si para aceptarme á mí, tienes que desdeñar á otro que siempre fué bueno y siempre digno de tí, yo disto tanto de eso que en la comparación no sería yo el mejor librado.

ROS. (Seria.) ¡Oh! Jorge, no me conoces cuando me crees capaz de hacer eso.

JORGE No te creo capaz, pero yo tampoco me creí capaz de hacer lo que hago y ya ves que me equivoqué mucho. (Decidido.) Ya no soy débil, mi voluntad dormida hasta ahora, la siento despertar y en ella confío. ¡Adiós, Rosario! Tú que me salvas serás mi premio y juzgarás cuando yo te lo pida, si he llegado ó no á merecerte. (Coge el sombrero y hace ademán de irse. Rosario se abraza á él mientras le dice.)

ROS. No te vayas Jorge, no te vayas. Tu voluntad que tú crees despierta, quizá no lo esté aún, y sea la vencida en la lucha. ¡Quédate!

JORGE (Desasiéndose cariñoso.) No, Rosario, será ella la que venza. ¡Te lo juro! No es solo mi perdón por el que lucha, sino por ti. ¡Adiós! Voy á ganarte. (Mutis. Rosario cae llorando en una silla.)

TELÓN RÁPIDO

CUADRO SEGUNDO

Es de noche. La buhardilla está iluminada por un quinqué colocado sobre la mesa donde aparecerá Lolo trabajando. En los colchones se supone duermen Carmen y Petra. Lolo sentado ante la mesa se ocupa en meter dentro de sobres unos impresos que forman á su lado un montón voluminoso. Los sobres que vaya llenando los colocará en el otro lado y formando otro montón. En esta operación ha de demostrar gran destreza.

ESCENA PRIMERA

LOLO silba quedamente un aire conocido mientras se ocupa en su tarea. Cuando lleve llenos seis ú ocho sobres descansará un momento mientras lee uno de los impresos. Muy despacio y marcando mucho las palabras

LOLO Gachó, y que no es pesao esto de llenar sobres. Menos mal que si los vendo todos me hincho. A cinquito cada. ¡Una mina! (Vuelve á comenzar su tarea.) Y los hay primos. ¡Haber aún quien se gaste las perras en esto! (Leyendo un impreso.) ¡La bonita cuenta del carpintero! ¡Mecachis con la bonita cuenta, que hay que verla! Lo bueno que tiene es que es modernista. ¡A mi abuelo se la colocaron ya cuando era un pollo! (Vuelta á llenar otros sobres.) Lo que es si no me las dieran á precio de fábrica... ¡Pa el gato! Pero después de todo, lo que yo me digo, en cada seis me gano un real, no hay que quejarse. (Se oye un reloj y Lolo cuenta las campanadas con los dedos.) ¡Las dos! ¡Ya estoy apañao! Hasta las cuatro tengo tarea, (Bosteza.) y con el sueño que me gozo. A ver, dos días sin probar el catre, y luego... (Le interrumpe un sonoro ronquido.) ¡Gachó con esa! Ni que tuviera la cabeza colá en un puchero. (Se queda mirando al colchón donde duerme Carmen.) La verdad que son frescas algunas. Después de lo que pasó con Jorge, *ni te*

ocupes, en el sétimo sueño. ¡Tienen éstas un cuajo! ¡Na! ¡Y que es manca! Pa mí que si no la agarro... lo *descose.* Por supuesto que podía haber dao conmigo. No había colchón ahora para que sentase la cara. De un tortazo... un Zepelín, hinchao hasta el verano. Pero el bueno de Jorge, con tres retóricas ... y na, porque hablar con éstas... es como el que habla á una puerta, tienen más serrín en la cabeza que un nacimiento de seis duros. ¡No te distraigas, Lolo, que te estás jugando el sueño á la taba. (Vuelve á su tarea con fe. Lee antes otro impreso.) «Por darle un palo al criado que le hacía falta». Pa serrín, el amigo que ha escrito esto. ¡Conflicto del porvenir! Van á tenerle que hacer un hueco en el *panteón de hombres ilustres.* (Continúa el trabajo. Pausa larga. Frotándose las manos.) ¡Está la noche tibia! Se me quedan los dedos como los ingleses. Lo que son las cosas, cuanto más tiene uno más quiere. Porque parece que no, pero es una bicoca esto de tener su hotel y su catre. ¡Total la calefacción!... pero se me ha olvidao cuando mataba el sueño arrimao á un quicio. ¡Aquello sí que era Jauja! Todas las noches soñaba lo mismo, que me sorbían con una paja. ¡La de garrafas que habré yo llenao! (Pausa. Sigue trabajando. Oirá ruido en la puerta. Se levanta y va hasta ella mirando por la cerradura.) ¿Quién? (Pausa.) ¿Quién es? (Pausa.) ¿Quién llama?.. Pues señor, ó ahí fuera están sordos ó me están tomando el pelo. ¿Quién es? (Abre la puerta y mira.) ¿Quién?... quien está haciendo el primo soy yo. Se me había olvidao. ¡Caray con la vecina! Como no ve, da cada estacazo que enenciende el pelo. Pues ya podía haber tomao el aire á la escalera, y no sacudir en la puerta del prójimo. Y yo que me había creído que eran el Pepín y la Antonia; menudo susto me he chupao, porque tan temprano, nada bueno podían traerse. (Se sienta y vuelve á su trabajo. Llaman de nuevo á la puerta. Se levanta rápidamente escuchando.) A que se le ha ocurri-

do bajar otra vez á la tía bruja esa. No, pues la voy á poner ahí un adoquín á ver si rueda to el tramo y nos deja en paz. (Abre la puerta y se encuentra con Jorge que entra cabizbajo.) ¡Anda Dios! ¿Pero eres tú?

ESCENA II

LOLO y JORGE

JORGE (Entra Jorge con las manos en los bolsillos de la americana y el sombrero hasta los ojos. Sombrío.) ¡Yo soy, Lolo, yo soy!

LOLO Pronto creí que volvieses, pero tan pronto...

JORGE Ya lo ves, no se pueden hacer cálculos.

LOLO ¡Pero hombre! (Jorge mirará tristemente á todos los lados mientras se acerca á la mesa, calentándose en el quinqué las manos. Tirita é indica gran frío.) Estás helao... Toma, ten á ver si con eso te apañas. (Dándole su bufanda.)

JORGE (Se la pone. Pausa.) ¿Y esa, Lolo, qué pasó?

LOLO (Señalando á Carmen.) ¿Esa? Roncando, ya lo ves. Se conoce que se olió lo que iba á pasar. ¿No dijiste que no volvías, que te ibas con la otra? Te ponías tan serio que hasta yo me lo creí.

JORGE Hiciste bien, Lolo, yo también me lo creía entonces y fuí á ver á la otra ¿pero para qué? (Tristemente.)

LOLO ¡Toma, eso tú lo sabrás!

JORGE ¡Yo lo sabré! ¿Sabía yo acaso que era tan débil? ¿Podía yo pensar que era un inútil?

LOLO ¿Pero qué te ha pasao?

JORGE Acaso tú no lo comprendas, porque has tenido la suerte de no ser más en tu vida de lo que ahora eres.

LOLO ¿Oye tú, y á eso le llamas suerte?

JORGE ¡Suerte, sí, suerte! Tú no sabes lo que es estar en alto, caer arrastrado por la malicia ajena, y cuando avergonzado de encontrarse tan bajo, quiere uno elevarse, conocer la debilidad propia sola, inútil y que nos hace imposible el retroceso.

LOLO Toma, eso ya lo sabía yo... bajar, bueno, todo lo que se quiera, pero subir ¡quiá! Por eso yo ¡tan á gusto!, muchas veces he pensado: ¡cuidado que debe ser bueno eso de estar arriba!; pero siempre me he dicho: «No vales tú, para eso, Lolo», y á los pájaros otra vez.

JORGE (Exaltándose.) Lo ves, tú te resignas; pero yo ¿quieres qué me resigne yo de verme sin fuerzas para nada? No, yo no me resigno y por eso me muero de vergüenza al verme aquí otra vez. (Transición.) Pero aquí, aquí hay techo, ¿qué más da aquí que en otra parte? si esa otra no puede ser nunca mi casa.

LOLO ¡Tú estás chales! ¿Qué es lo que te ha pasao?

JORGE Mira, Lolo, yo quiero á una mujer que no es esa; (Señalando á Carmen.) cuando salí de aquí soñaba. Fuí á ella, la ví, y con sus palabras olvidé que era quien soy, y necio llegué á creer que podría subir tan alto como ella estaba. Me creí fuerte, rechacé su cariño, su apoyo, su protección, porque fiado de mis fuerzas, llegué hasta creerme en el derecho de mostrarme orgulloso. Y mi orgullo no la pedía su compasión cariñosa, su amor compasivo, sino una esperanza de él, para algún día poderla decir: Ya soy, porque tu esperanza me ha guiado, otro. Es el redimido por el arrepentimiento, el altivo por sus méritos, quien encontrándose á tu misma altura te pide tu amor y te da el suyo.

LOLO (Mirándole con interés.) ¡Chist! No hables tan alto, no se despierten esas y ya sabes lo que son.

JORGE (Sin oirle.) Y pobre loco, salí de su casa ennoblecido á mis propios ojos, grande, sereno, convencido de mi grandeza que me dejaba todo apoyo, toda ayuda, porque me sentía fuerte con la pujanza enorme del que sueña. Entonces no dudaba, estaba seguro de mí, y sin saber á donde iba, comencé á andar. ¡Qué más me daba! Todos en aquel

momento eran caminos buenos para mí, que me llevarían al triunfo. Andaba, andaba inconsciente, soñaba y andaba zarandeado por gentes que no veían mis ojos, puestos solo en un porvenir hermoso; por fin me despertó una sensación de soledad y de frío. No sé cuanto tiempo estuve andando. Me encontré solo. Una llanura inmensa se extendía bajo mis pies y un aire helado iba desde ella hasta el cielo azul donde brillaba la luna. Buscaron en torno mis ojos y sólo pude ver entre la tierra y el cielo los pobres harapos que cubrían mi cuerpo castigado por el frío. Entonces, con una claridad aguda, dolorosa, que hendía mi cerebro con la sensación de una cuchilla de hielo, pude comprender mi verdadera, mi exacta situación. ¡Oh! ¡Mi castillo de naipes! ¡Qué rudamente caíste y cuanto dolor sentí al ver quebradas, rotas, las ilusiones que en tan poco tiempo había forjado! No sé que me asustó más, si mi desilusión inesperada ó mi audacia loca que me permitió forjar tales ilusione. (Pausa.) ¡Pobre de mí! ¿Qué había hecho? ¡Prometer que sin ayuda salvaría rápido el abismo que de ella me separa! ¡Que sólo con que sus brazos me aguardasen en la otra orilla, tendría fuerza para pasar! ¿Y qué era esto si no tenía otros que me empujasen para llegar á ella? (Pausa.) Cuando recordando aun mis palabras vi todo lo que había prometido, me asusté. ¡Ser otro! ¡Cambiarme! ¡Trepar! ¿Y cómo? ¿Qué camino seguir? (Pausa.) Horrorizado me ví tal como soy, débil éi nútil, solo en una lucha enorme, yo que nunca luché, yo que por asustarme la lucha, me dejé deslizar inconsciente hasta aquí.

LOLO ¿Y qué has decidido?

JORGE ¿No me ves aquí? Eso te dirá mejor que yo lo que he decidido. (Pausa.) Quise aun revelarme contra mi falta de voluntad y me dije: ¡Trabaja! El trábajo regenera, pero ¿sé yo trabajar acaso? Triste es tener esa convicción, pero es cierta. Cuando ví hasta don-

de llegaba mi inutilidad, me hubiera vuelto loco, si la locura no fuera también para los fuertes, para las voluntades de hierro que se estrellan. (Pausa.) Allá lejos entre el fondo obscuro de unos árboles, vi brillar el agua de un estanque, pensé en ella y sólo me convencí de que era tambien cobarde.

LOLO ¿Pero pensaste matarte?

JORGE ¡Oh! Si lo pensé. Como todo, pensarlo nada más, luego nada...

LOLO Es que para matarse nunca hay motivo.

JORGE ¿Verdad? Eso pensé entonces. ¡Vivir! ¡vivir! ¡Siempre, aun siendo como yo soy! Por eso volví aquí, sin dudar ya, resignado á la fuerza que me hará recorrer la senda inmutable de mi destino. Hasta temí no encontraros. Pero estais aquí todos, tú también, (Por Carmen.) impasibles en vuestra bajeza, comprendiendo lo imposible de subir. ¡Pobre vida mía! Tus hechos se encadenan tan fatalmente, pesan tanto, que sólo pueden impulsarte á rodar más en tu caída. Ya estoy aquí, ya para siempre. Quise volar y me tronché las alas, y el inútil, el débil, el vencido se arrastra entre vosotros.

Esta es mi vida.

¡¡Esta tiene que ser!!

(Se arrodilla y da un beso á Carmen.)

TELÓN

Precio: 1,50 pesetas